

Chiara fontana, in quel medesimo bosco  
Sorgea d'un sasso; ed acque fresche e dolci  
Spargea soavemente mormorando:  
Al bei seggio riposto, ombroso e fosco  
Ne pastori appressavan, ne bifolci;  
Ma nimfe et muse a quel tenor cantando.

«Esta clara fuente nace de una roca en este mismo bosquecillo; esparce frescas y dulces sus aguas, que suavemente murmuran. A tan hermoso lecho de reposo ni los pastores ni los ganados acuden; pero la Ninfa y la Musa van a él cantando.»

Petrarca ha cantado cómo encontró aquel valle: «Buscaba—dice— un sitio oculto adonde poder retirarme como a un puerto, cuando encontré un pequeño valle cerrado, Vaucluse, bastante solitario, de donde toma origen el Sorgue, rey de todos los lugares, y en él me establecí. Allí fué donde compuse mis poesías en idioma vulgar; versos en que he descrito las penas de mi juventud.»

También desde Vaucluse oía él, como se podía oír cuando yo pasé, el ruido de las armas que Italia producía.

Italia mia...  
O diluvio raccolto  
Di che deserti strani  
Per inondar i nostri dolci campi!  
Non è questo terren ch'io toccai pria?  
Non è questo'l mio nido,  
Ove andrò fui sì dolcemente?  
Non è questa la patria, in ch'io mi fido,  
Madre benigna e pia  
Chi copre l'uno et l'altro mio parente?

«¡Italia mía!... ¡Oh diluvio reunido de los desiertos extranjeros para inundar nuestros campos deleitosos!... ¿No está allí el suelo que yo pisé primero? ¿No está allí el nido en que tan deliciosamente me cobijé? ¿No es la patria de quien yo me confío, madre benigna y piadosa, la que guarda a todos mis parientes?»

Más tarde el amante de Laura invita a Urbano V a transportarse a Roma: «¿Qué responderéis a San Pedro—pregunta— cuando os digan: ¿qué hay en Roma? ¿En qué estado está mi templo, mi tumba, mi pueblo? ¿Nada responderéis? ¿De dónde venís? ¿Habéis habitado las orillas del Ródano? Decís que nacisteis allí; y yo, ¿no había nacido en Galilea?»

¡Siglo fecundo, joven, sensible, que llena de admiración; siglo que obedecía a la lira de un gran poeta, como a la ley de un legislador! A Petrarca es a quien se debe la vuelta del soberano pontífice

al Vaticano: su voz fué la que hizo nacer a Rafael y salir de la tierra la cúpula de Miguel Angel.

De vuelta de Aviñón, partí a Marsella. ¿Qué puede desear una ciudad a quien Cicerón dirige estas palabras, cuyo giro oratorio ha sido imitado por Bossuet? «No te olvidaré nunca, Marsella, cuya virtud es de un grado tan eminente, que casi todas las naciones deben ceder ante ti, y que la Grecia misma no se te puede comparar.» (Pro L. Flacco.) Tácito, en la Vida de Agricola, alaba también a Marsella, que unía la cortesanía griega a la economía de las provincias latinas. Hija de Helenio, maestra de la Gaula, celebrada por Cicerón, tomada por César, ¿no es esto reunir bastante gloria? Subí a Nuestra Señora de la Guardia para admirar el mar que bordean con sus ruinas las costas risueñas de todos los países famosos de la antigüedad. Su margen no avanza; es el origen de la mitología, como el Océano, que se eleva dos veces al día, es el abismo al cual ha dicho Jehovah: «No irás más allá.»

En aquel mismo año, 1838, volví a subir a esa cima; volví a ver ese mar, que es hoy para mí tan conocido, y a cuyo extremo se elevaron la cruz y la tumba victoriosas. El *mistral* soplabá; entré en el fuerte, edificado por Francisco I, donde velaba un veterano del ejército de Egipto, y donde se encerraba un conscripto, destinado a Argel, y perdido bajo las bóvedas oscuras. El silencio reinaba en la capilla restaurada, en tanto que fuera silbaba el viento. El cautivo de los marineros de la Bretaña, en Nuestra Señora del Buen Socorro, se me presentaba a la imaginación: ya sabéis cómo y cuándo os he citado esta súplica de mis primeros días en el Océano:

Yo pongo, Virgen, mi confianza en tu socorro.

¡Cuántos sucesos fueron menester para que yo llegase a los pies de la *Estrella de los mares*, a la que yo había estado consagrado en mi infancia! Cuando contemplaba esos exvotos, esas pinturas de naufragios suspendidas a mi alrededor, me parecía la historia de mis días. Virgilio coloca bajo los pórticos de Cartago al héroe troyano, conmovido al mirar un cuadro que representaba el incendio de Troya, y el genio del cantor de Hamlet se ha aprovechado del alma del cantor de Dido.

Al pie de esta roca que en otro tiempo cubrió una selva cantada por Luca-

no, no he reconocido a Marsella; en sus calles, tiradas a cordel, largas y anchas, no podía extraviarme. El puerto estaba cubierto de navíos; apenas habría encontrado en él una nave hacia treinta años, conducida por un descendiente de Pitetas, que me transportara a Chipre como a Joinville; a despecho del hombre, el tiempo rejuvenece las ciudades. Era más querida para mí aquella vieja Marsella, con los recuerdos de Berenguer, del duque de Anjou, del rey Renato, de Guisa y de Epernon, con los monumentos de Luis XIV y las virtudes de Bel-sunce; me agradaban las arrugas sobre su frente. Quizás al deplorar los años que ella había perdido no hacía más que llorar los que yo había encontrado. Marsella me recibió afablemente, es cierto; pero la émula de Atenas se ha vuelto demasiado joven para mí.

Si las memorias de Alfieri se hubieran publicado en 1802, yo no habría abandonado Marsella sin visitar la roca de los baños del poeta: este hombre áspero llegó una vez al encanto de las ilusiones y de la expresión:

«Uno de mis entretenimientos, después de los espectáculos, consistía en bañarme casi todas las tardes en el mar; había encontrado un sitio deliciosísimo sobre una lengua de tierra que se hallaba a la derecha y fuera del puerto, allí, sentado sobre la arena y con la espalda apoyada contra una roca que impedía que me pudiesen ver desde la tierra, sólo tenía ante mí el cielo y el mar. Entre estas dos inmensidades que embellecían los rayos de un sol poniente, pasaba entregado a dulces ilusiones, horas deliciosas; en aquel sitio me hubiera hecho poeta si hubiera sabido escribir un idioma cualquiera.»

Volví por Languedoc y la Gascuña. En Nimes, los Arènes y la Maison-Carrée aún existían; en este año de 1838 las he visto en su exhumación. Fué también a buscar a Juan Reboul. Yo desconfiaba de esos obreros poetas, que no son por lo regular ni poetas ni obreros. El señor Reboul es una excepción. Le encontré en su tahona: me dirigí a él sin saber a quién hablaba. Apuntó mi nombre y me dijo que iba a ver si estaba en casa la persona por quien yo preguntaba. Volvió en seguida y se dió a conocer: me condujo a su almacén, y gateamos por una especie de escalera hasta un estrecho recinto, parecido a la cámara alta de un molino de viento. Allí nos sentamos

y hablamos un rato. Me sentía dichoso como en mi granero de Londres, y más que en el sillón ministerial de París. El señor Reboul sacó un manuscrito de una cómoda, y me leyó unos versos enérgicos de un poema titulado *Ultimo dia*. Le felicité por su amor a la religión y por su talento. Me acordé entonces de sus hermosas estrofas *A un desterrado*:

«Hay una cosa grande que se encierra en el mundo; es preciso ¡oh joven rey! que tu alma corresponda a ella. ¡Oh! ¡No en vano, calmando nuestro pesar, el cielo hizo revelar tu vida por medio de un moribundo; no en vano algún tiempo después la nación, seguida por sus hijos, te elevó a los ojos del universo, en sus brazos, sobre el borde de un ataúd!»

Hube de separarme de mi huésped, no sin desear al poeta los jardines de Horacio. Hubiera preferido que se inspirase a orillas de la cascada de Tibur, que verle recogiendo el trigo desmenuzado por la rueda bajo esta cascada. Verdad es que Sófoles era tal vez un herrero en Atenas, y que Plauto en Roma anunciaba a Reboul en Nimes.

Dejé a mi izquierda, entre Nimes y Montpellier, la ciudad de Aigues Mortes, que visité en 1838. Todavía conserva el recinto de sus murallas y se parece a un buque de alto bordo encallado sobre la arena donde la dejaron San Luis, el tiempo y el mar. El santo rey concedió a esta ciudad sus fueros y estatutos. En uno de ellos se dice que el rey no quiere que su cárcel sea para exterminar a los presos, sino sólo para tenerlos en seguridad; que en ninguna información se empleen palabras injuriosas; que el adúltero no sea judicialmente perseguido, sino en ciertos casos, y que el forzador de una virgen *volente vel nolente*, no pierda ni la vida, ni ninguno de sus miembros, *sed alio modo puniatur*.

En Montpellier volví a ver el mar, al que de buena gana hubiese escrito lo que el rey cristianísimo a la Confederación suiza, *mi fiel aliada y mi grande amiga*. Escaligero habría deseado hacer de Montpellier el nido de su vejez. Ha recibido su nombre de dos vírgenes santas, *Mons puellarum*: de aquí la belleza de sus mujeres. Montpellier, al caer el cardenal de Richelieu, vió morir la constitución aristocrática de la Francia.

Durante el viaje de Montpellier a Narbona, tuve un momento en que volví a mi natural, un ataque de ilusiones. Habría olvidado este ataque si no lo hu-



quiera consignado en un pequeño diario el día de mi crisis, la única nota que he encontrado de aquel tiempo para ayudar mi memoria. En esta ocasión fué un terreno árido, cubierto de digitales, lo que me hizo olvidar el resto del mundo; mi vista se deslizaba en aquel mar de tallos purpúreos, y sólo se detenía a lo lejos en la azulada cordillera de Cantal. En la naturaleza, exceptuando el cielo, el Océano y el sol, las grandes cosas no son por lo regular las que me ilusionan más: éstas me producen únicamente una sensación de grandeza que pone mi pequeñez abismada y no consolada a los pies de Dios. Una flor cogida al acaso, una corriente de agua que se desliza por entre juncos, un pájaro que va volando y que se detiene delante de mí, me producen insensiblemente toda clase de ilusiones. ¿No vale más enternecerse sin saber por qué, que buscar en la vida sensaciones embotadas y entibiadas por su continuidad y por su número?

En Narbona vi el canal de los Dos Mares. Corneille, preconizando esta obra, acumula su grandeza a la de Luis XIV: «El Garona y el Tarn, en sus grutas profundas, suspiran, desde hace muchos años, por reunir sus aguas, haciendo correr por sus inclinadas corrientes los tesoros de la aurora a las riberas del Poniente. Pero la naturaleza, esclava a las leyes eternas, ha opuesto a sus benéficos deseos como obstáculos invencibles una cadena de montes y rocas...»

En Tolosa contemplé desde el puente del Garona la extensa línea de los Pirineos; cuatro años más tarde tendría que atravesarla: los horizontes se suceden lo mismo que nuestros días.

Me propusieron ver el cuerpo momificado de la bella Paula, que se conserva en una bóveda: ¡felices los que creen sin ver! Montmorency había sido decapitado en el patio de la casa de ayuntamiento: aquella cabeza cortada era demasiado importante, puesto que aún se habla de ella después que tantas otras han caído. No sé si en la historia de los procesos criminales existe un testimonio que haya hecho conocer mejor la identidad de una persona: «El fuego y el humo de que estaba cubierto, dice Guitaut, me impidieron reconocerle al pronto; pero al ver a un hombre que, después de haber roto seis de nuestras filas, destrozaba aún los soldados de la séptima, juzgué que no podía ser otro que Montmorency; me

convení de ello cuando le vi tendido sobre su caballo muerto.»

La iglesia abandonada de Saint-Servin me admiró por su arquitectura. Es un monumento de la historia de los albigenses, que hace resucitar el poema, tan bien traducido por el señor Fauriel:

«El valiente joven Condé, la luz y el heredero de su padre, la cruz y la espada entraron juntas por una de las puertas. No quedó dentro de las casas una sola joven. Los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, contemplaban al conde como a una flor del rosal.»

De la época de Simón de Monfort data la pérdida de la lengua de Oc: «Simón, al verse señor de tantas tierras, las repartió entre los caballeros, franceses y extraños, *atque loci leges dedimus*», dicen los ocho obispos y arzobispos signatarios.

Hubiera deseado tener tiempo para tomar noticias en Tolosa de una de las personas que más he admirado; de Cujas, escritor tendido a pierna suelta y rodeado de sus libros. Ignoro si se ha conservado el recuerdo de Susana, su hija, casada dos veces. La inconstancia fué su prenda más apreciada, pues alimentó a uno de sus maridos con las infidelidades de que murió el otro. Cujas fué protegido por la hija de Francisco I, y Pibrac por la hija de Enrique II; dos Margaritas de la sangre de los Valois, favoritas de las musas. Pibrac es célebre por sus cuartetas, traducidas en persa. «¡Este buen señor de Pibrac—dice Montaigne—poseía un talento tan agudo, sus ideas eran tan sanas, sus costumbres tan pacíficas; su alma estaba en tal desproporción con nuestras corrupciones y disturbios!» Y Pibrac hizo la apología de la Saint-Barthelemy.

Corría sin descanso; la suerte me remitía a 1838 para admirar en detalles la ciudad de Raimundo de Saint-Gilles, y para hablar de los nuevos conocimientos que había hecho; el señor de Lavergne, hombre de talento, de genio y de raciocinio; la señorita Honorina Gasc, futura Malibrán. Esta, en mi nueva calidad de servidor de Isaura, me recordaba los versos que Chappelle y Bachaumont escribían en la isla de Ambijoux, cerca de Tolosa:

«¡Oh, qué feliz sería el que en este delicioso sitio, amado constantemente de Silva, pudiese, siempre enamorado, pasar su vida con ella!»

¡Ojalá que la señorita Honorina pudiese siempre estar en guardia contra su hermosa voz! Los talentos son *el oro de Tolosa*; siempre atraen la desgracia.

Burdeos se hallaba apenas desembarazado de sus cadalsos y de sus cobardes girondinos. Todas las ciudades que vela parecían mujeres hermosas convalecientes de una cruel enfermedad y que empezaban a respirar. En Burdeos, Luis XIV había hecho en otro tiempo derribar el palacio de las *Tutelles* con el objeto de edificar el Château-Trompette; Spon y los amigos de la antigüedad tuvieron un pesar:

«¿Por qué se han de demoler esas columnas de los dioses, obra de los Césares, monumento tutelar?»

Apenas se veían algunos restos de las Arènes. Si se hubiera de consagrar un sentimiento a cada cosa que perece, sería preciso sentir más de lo que se puede.

Me embarqué para Blaye. Vi el castillo, entonces ignorado, al cual, en 1833, dirigí esta frase: «¡Cautivo de Blaye! ¡Yo siento no poder hacer nada en vuestros destinos presentes!» Me encaminé a Rochefort, y fui a Nantes por la Vendée.

Este país mostraba como un antiguo guerrero las cicatrices de su valor. Cuando los vandeos estaban próximos a atacar al enemigo, se arrodillaban y recibían la bendición de un sacerdote: la oración pronunciada sobre las armas, no se consideraba como una debilidad, porque el vandeano que elevaba su espada hacia el cielo, pedía la victoria y no la vida.

La diligencia en que iba estaba atestada de viajeros que contaban las violencias y los asesinatos con que habían glorificado su vida en la guerra vandeana. Mi corazón latió con violencia, cuando habiendo atravesado el Loira, en Nantes, entré en Bretaña. Pasé a lo largo de aquellas paredes del colegio de Rennes, que vieron los últimos años de mi infancia. No pude permanecer más que veinticuatro horas al lado de mi esposa y de mis hermanas, y volví a París.

París, 1838.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803. — EL SEÑOR DE LA HARPE.—SU MUERTE. — ENTREVISTA CON BONAPARTE. — SOY NOMBRADO PRIMER SECRETARIO DE LA EMBAJADA EN ROMA. — VIAJE DE PARÍS A LOS ALPES DE SABOYA.

Llegué a tiempo para ver morir a un hombre que pertenecía a esos seres

superiores del segundo orden en el siglo XVIII, y que, al formar la vanguardia sólida de la sociedad, daban a ésta extensión y consistencia.

Había conocido yo al señor de La Harpe en 1789; como Flins, se había apasionado en extremo de mi hermana, la condesa de Tarcy. Hablaba alto, con la fisonomía animada; se desataba contra los abusos, mandando hacerse una tortilla en casa de los ministros, cuya mesa sólo le agradaba comiendo con los dedos, metiendo en los platos sus mangas, y diciendo groserías filosóficas a los más altos funcionarios, que se reían de sus insolencias; pero, en fin, era un talento imparcial, claro, justo, aun en medio de sus pasiones, capaz de apreciar el talento, de admirarlo, de llorar con los versos hermosos, o por una buena acción, y teniendo uno de esos caracteres propios para arrepentirse. Su fin no desdijo de su vida: le vi morir con un valor cristiano, no conservó orgullo sino con la impiedad, ni odió sino al *lenguaje revolucionario*.

A mi vuelta de la emigración, la religión había hecho del señor de La Harpe un admirador de mis obras: su enfermedad no le impedía trabajar; recitábame trozos de un poema que estaba componiendo sobre la revolución: se notaban en él algunos versos enérgicos contra los crímenes de la época y contra las *honradas gentes* que los habían tolerado.

«Si se han atrevido a todo, es porque todo se lo habéis permitido. ¡Cuanto más vil es el opresor, más infame es el esclavo!»

Olvidando que se hallaba enfermo, declamaba con toda la fuerza de sus pulmones; después, dejando caer de las manos el papel, decía con una voz que apenas era perceptible: «No puedo más; siento que se me arrancan las entrañas.» Y si por desgracia entraba o pasaba por su lado alguna criada, volvía a tomar en el momento su voz de estentor, y gritaba: «¡Márchese! ¡Márchese! ¡Cierre usted la puerta!» Un día le dije: «Vivirá usted para servir a la religión», y él me replicó: «¡Ah, seguramente que sí! Yo sería muy bueno para Dios; pero no quiere que así sea, y moriré uno de estos días.»

En una comida en casa de Migneret le oí hablar de sí mismo con la mayor modestia, diciendo que nada había hecho que fuese de gran valor, pero que creía que el arte y la lengua no habían degenerado entre sus manos.



El señor de La Harpe murió el 11 de febrero de 1803; el autor de *Las Estaciones* moría casi al mismo tiempo, rodeado por todos los consuelos de la filosofía, como el señor de La Harpe por los de la religión; el uno visitado por los hombres, y el otro por Dios.

El señor de La Harpe fué enterrado el 12 de febrero de 1803 en el cementerio de la barrera de Vaugirard. El ataúd fué colocado al borde de la fosa, sobre el pequeño montón de tierra que le debía cubrir, y el señor de Fontanes pronunció un discurso. La escena era lúgubre: torbellinos de nieve caían del cielo, blanqueando el paño fúnebre que el viento levantaba para dar paso a las últimas palabras de la amistad hasta los oídos de la muerte. El cementerio fué destruido, y el señor de La Harpe exhumado; apenas se veían algunos restos de sus pacíficas cenizas. Casado durante el Directorio, el señor de La Harpe no había sido muy dichoso con su bella esposa. Esta le tomó horror desde el momento que le vió, y no le concedió jamás ninguno de los derechos adquiridos.

En tanto que nos hallábamos ocupados en vivir y morir en el olvido, la marcha gigantesca del mundo continuaba; el hombre del tiempo ocupaba su alto puesto en la raza humana. En medio de los grandes acontecimientos precursores de la descomposición universal, había yo desembarcado en Calais, para concurrir a la acción general, en el puesto asignado a cada soldado. El primer año del siglo llegué al campo donde Bonaparte batía en retirada a los destinos, y pronto fué nombrado primer cónsul perpetuo.

Después de la adopción del Concordato por el cuerpo legislativo en 1802, Luciano, ministro del interior, dió una fiesta en honor de su hermano, a la que fui invitado por haber reunido las fuerzas cristianas y llevádaslas a la pelea. Me encontraba en la galería cuando entró Napoleón: me sorprendió agradablemente; nunca le había visto sino de lejos: su sonrisa era afable. No había aún en su mirada ninguna charlatanería, nada de teatral ni afectado. *El Genio del Cristianismo*, que metía mucho ruido por entonces, había obrado sobre Bonaparte. Una imaginación prodigiosa animaba a aquel político tan glacial: no hubiera llegado a ser lo que era, si la musa no hubiese tomado parte; la razón llevaba a la práctica las ideas del poeta. Todos estos

hombres grandes son siempre un compuesto de dos naturalezas, es necesario que sean capaces de inspiración y de acción: la una engendra la idea; la otra la lleva a cabo.

Napoleón me vió y me reconoció, no sé por qué. Cuando se dirigió hacia mí no se podía conocer a quién buscaba: se abrían sucesivamente las filas de concurrentes; cada uno de por sí esperaba que se detuviera ante él; parecía que el cónsul experimentaba una cierta impaciencia conociendo estas equivocaciones. Me coloqué detrás de todos; pero Bonaparte alzó la voz, y me dijo: «¡Señor de Chateaubriand!» Entonces me quedé solo delante de los demás, porque la concurrencia se retiró, y se colocó formando círculo alrededor de los interlocutores. Bonaparte se aproximó a mí con agrado, ahorrando cumplidos, ociosas preguntas, y sin preámbulo alguno me habló del Egipto y de los árabes, como si yo fuese su íntimo amigo, y como si no hiciera otra cosa que seguir una conversación empezada de antemano entre nosotros. «Me sorprendía — dijo — cuando veía a los cheiks volverse hacia el Oriente y tocar la arena con su frente. ¿Qué sería esa cosa desconocida que adoraban allá?»

Bonaparte se paró un momento, y pasó sin transición a otra idea: «¡El cristianismo! ¿Los ideólogos no intentaron hacer de él un sistema de astronomía? Aun cuando fuera así, ¿podrían acaso persuadirme de que el cristianismo es mezquino? Si es una alegoría del movimiento de las esferas, la geometría de los astros, los espíritus fuertes han concedido, a su pesar, demasiada grandeza al infame.»

En seguida se retiró. Como a Job durante la noche, «se presentó un espíritu delante de mí; las carnes se me erizaron; allí estuvo; no conozco su semblante, y he oído su voz como un ligero soplo.»

Mi vida ha sido siempre una sucesión de fantasmas; el infierno y el cielo se han abierto continuamente bajo mis pies o sobre mi cabeza, sin darme tiempo para sondear sus tinieblas o sus resplandores. Una sola vez he encontrado al hombre del siglo pasado y al hombre del nuevo siglo en las orillas de ambos mundos; Washington y Napoleón. Hablé un breve rato con uno y con otro; los dos me enviaron a la soledad: el primero por medio de una benévola despedida, el segundo por un crimen.

Noté que al cruzar por entre la concurrencia Napoleón fijaba sobre mí miradas más profundas que las que me había dirigido durante la conversación. Yo también lo seguía con los ojos:

Chi è quel grande che non par che curi  
L'incendio?

(DANTE.)

«¿Quién es el grande que no se cuida del incendio?»

De resultas de esta entrevista, Bonaparte pensó en mí para enviarme a Roma; había comprendido al primer golpe de vista cómo y en dónde podía serle útil. Le importaba poco que no me hubiese anteriormente ocupado en los negocios, y que ignorase hasta la primera palabra de la diplomacia práctica; creía que ciertos talentos lo deben saber todo y que no necesitan aprendizaje. Era un gran conocedor de los hombres, pero quería que no tuviesen talento más que para él, y a condición de que se hablase poco de este talento; celoso de toda reputación, la consideraba como una usurpación de la suya: no debía haber en el universo nadie más que Napoleón.

Fontanes y la señora Bacciochi me hablaron de lo satisfecho que había quedado el cónsul de *mi conversación*: yo no había hablado una palabra, y esto quería decir que Bonaparte estaba satisfecho de sí mismo. Me instaron a que me aprovechase de mi fortuna. Jamás había pasado por mi imaginación la idea de llegar a ser algo: así es que rehusé. En vista de esto, interpusieron una autoridad a la que me era difícil resistir.

El abate Emery, director del Seminario de San Sulpicio, vino a conjurarme, en nombre del clero, que aceptase por el bien de la religión la plaza de primer secretario de la embajada que Bonaparte destinaba a su tío, el cardenal Fesch. Me hizo observar que, no siendo gran cosa la aptitud del cardenal, llegaría a hacerme dueño absoluto de los negocios. Una extraña casualidad me había puesto en relación con el abate Emery: había pasado, como ya lo sabéis, a los Estados Unidos, en compañía del abate Nagot y de algunos seminaristas... Aquel recuerdo de mi obscuridad, de mi juventud, de mi vida de viajero, que se reflejaba en mi vida pública, me ocupaba el espíritu y el corazón. El abate, estimado por Napoleón, era astuto por su naturaleza, por su traje y por la revolución, pero esta triple astucia no le servía sino en pro-

vecho de su verdadero mérito: ambicioso únicamente para hacer el bien, no obraba sino para la mayor prosperidad del seminario. Circunspecto en sus acciones y en sus palabras, hubiera sido infructuoso intentar violentarle, porque siempre presentaba fácil acceso en sus giros, en cambio de una voluntad que jamás cedía: su fuerza consistía en esperar sentado sobre su tumba.

La primera tentativa no le salió bien; pero volvió a la carga, y su paciencia me venció. Acepté el empleo que tenía en cargo de proponerme, convencido de mi inutilidad para el puesto a que me destinaban: no valgo para nada encontrándome en segunda línea. Hubiera tal vez retrocedido aún, si la idea de la señora de Beaumont no hubiese venido a poner término a mis escrúpulos. La hija del señor de Montmorin estaba a las puertas de la muerte; el clima de Italia debía serle, según decían, sumamente favorable; si yo iba a Roma, ella se decidiría a pasar los Alpes, y me sacrificaré con la esperanza de salvarla. La señora de Chateaubriand se disponía para ir a reunirse conmigo; el señor Joubert hablaba de acompañarla, y la señora de Beaumont partió para Mont-d'Or, con el objeto de completar su curación a las orillas del Tíber.

Era ministro de Estado el señor Talleyrand; me explicó el nombramiento, y comí en su casa. Por lo demás, sus buenos modales hacían un raro contraste con los de los tunantes que le rodeaban; sus truhanerías eran de gran importancia; a los ojos de aquella demoralizada turba la corrupción de las costumbres pasaba por genio; la superficialidad por profundo talento. La revolución era demasiado modesta; no apreciaba lo bastante su superioridad; a pesar de todo no es gran cosa hallarse a mayor o a menor altura que el crimen.

Vi a los eclesiásticos alrededor del cardenal; conocí al alegre abate de Bonnevie, limosnero en otro tiempo del ejército de los príncipes, que estuvo en la retirada de Verdún; había sido también gran vicario del obispo de Châlons, el señor de Clermon-Tonnerre, quien se embarcó después que nosotros para reclamar una pensión de la Santa Sede, en calidad de *Chiaramonte*. Terminados todos mis preparativos, me puse en camino; tenía que estar en Roma antes que el tío de Napoleón.



En Lyon encontré a mi amigo el señor Ballanche. Fui testigo de la renaciente festividad del Corpus: me creía con derecho a aquellos ramilletes de flores, a aquella alegría del cielo que la tierra había respetado.

Continué mi camino; hallaba en todas partes una cordial acogida; mi nombre se hallaba mezclado al restablecimiento de los altares. El placer más intenso que he experimentado es el de haber sido honrado en Francia y en el extranjero con las muestras de un interés como el que me profesaban. Me sucedía alguna vez, en tanto que descansaba en alguna posada de un pueblo, ver entrar a un padre y a una madre con su hijo; me llevaban aquel hijo, decían, para que me diese gracias. ¿Era amor propio el placer que entonces experimentaba? ¿Qué importaba a mi vanidad el que obscuras y honradas gentes me demostrasen su satisfacción en un camino real, en un sitio en que nadie los oía? Lo que me enternecía, a lo menos así me atrevo a creerlo, era el haber hecho algún bien, el haber consolado a algunos afligidos y hecho renacer en el fondo de las entrañas de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano; esto es, un hijo obediente, respetuoso y amante de su familia. ¿Hubiera experimentado esta satisfacción pura si hubiese escrito una obra en que se hubieran menoscabado las costumbres y la religión?

Después de pasar Chambery, se presenta la corriente del Isère. En medio de los caminos y en los valles se ven cruces y madonas en los troncos de los árboles. Las pequeñas iglesias, rodeadas de arboleda, forman un hermoso contraste con las elevadas montañas. Cuando los torbellinos del invierno descienden de aquellas cimas cubiertas de témpanos de hielo, el saboyano se pone a cubierto en su templo campestre, y reza.

Los valles que se recorren bajo Montmélian están bordeados por montes de variadas formas, ya desnudos o revestidos de espesas selvas.

Aiguebelle parece terminar los Alpes; pero al volver una roca aislada caída en el camino, se descubren nuevos valles, que siguen el curso del Arche.

Los montes se elevan a los lados del río; sus flancos se van haciendo cada vez más perpendiculares; sus crestas estériles empiezan a presentarse cubiertas de nieve; precipitáanse desde ellas los torrentes que van a engrosar el Arche. En

medio de este tumulto de las aguas se nota una pequeña cascada que se desliza con una gracia infinita bajo un toldo de sauces.

Habiendo atravesado por Saint-Jean-de-Maurienne y llegado a Saint-Michel a la puesta del sol, no pude hallar caballos: viéndome precisado a detenerme, salí a dar una vuelta por fuera del pueblo. La atmósfera se presentaba transparente en las cimas de las montañas; sus picos se dibujaban con una limpieza asombrosa, en tanto que una densa obscuridad, partiendo de sus pies, se elevaba hacia las cumbres. Un castillo, obra de los cartagineses, según tradición popular, presentábase sobre las obras exteriores cortadas a pico.

Partí a la salida del sol, y llegué a los dos a Lans-le-Bourg, al pie de Mont-Cenis. Al entrar en el pueblo vi un hombre que tenía cogido un aguilucho por las patas; la gente maltrataba al joven rey insultando la debilidad de la edad y la majestad caída: el padre y la madre del noble huérfano habían sido muertos; me propusieron que lo comprara; después murió de resultas de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir antes de mi llegada. Me acordé entonces del desgraciado niño Luis XVII; hoy pienso en Enrique V. ¡Qué rapidez de caída y de desgracia!

En este punto se comienza a subir el Mont-Cenis, y se deja el pequeño río Arche, que conduce al pie de la montaña. Al otro lado de Mont-Cenis el Doira os abre las puertas de Italia. Los ríos no solamente son grandes caminos que andan, como los llama Pascal, sino que, además, trazan el camino a los hombres.

Cuando me vi por la vez primera en la cima de los Alpes, se apoderó de mí una emoción extraña; hallábame como la alondra, que cruzaba, al mismo tiempo que yo, la helada plataforma, y que después de entonar su canción en la llanura se arrojaba sobre la nieve en vez de bajar sobre las mieses. Las estancias que me inspiraron estas montañas en 1822 describen bastante bien los sentimientos que me agitaban en los mismos lugares en 1803.

«¡Alpes, vosotros no habéis experimentado el poder de mis destinos! El tiempo nada puede contra vosotros; vuestras frentes soportaron insensiblemente los años que pesan sobre la mía.

»Cuando por vez primera, anhelante de esperanzas atravesaba vuestras cimas,

ante mis ojos se abría un porvenir inmenso como el horizonte.»

¡Italia estaba a mis pies, y delante de mí el mundo!

¿He penetrado yo verdaderamente en ese mundo? Cristóbal Colón tuvo una aparición, que le presentaba, antes de descubrirla, la tierra de sus sueños. Vasco de Gama encontró en su camino el gigante de las tempestades: ¿cuál de esos dos grandes hombres me ha profetizado mi porvenir? Yo hubiera deseado, sobre todo, una vida llena de gloria por sus resultados y obscura por su destino. ¿Sabéis cuáles son las primeras cenizas europeas que reposan en América? Son las del escandinavo Biorn; murió al llegar a Winland, y fué enterrado por sus compañeros sobre un promontorio. ¿Quién tiene noticia de esto? ¿Quién conoce a aquel cuya vela se anticipó al navío del piloto genovés en el Nuevo Mundo? Biorn duerme sobre la cima de un ignorado cabo desde hace mil años, y su nombre no nos ha sido transmitido sino por los cantos de los bardos en un idioma que ya no se habla.

los antiguos bárbaros, sus antepasados, a sus mujeres: «Yo, Fotrad, hijo de Eupert, de la raza de los francos, te doy a ti, Helgine, mi esposa querida, en obsequio a tu belleza (*in honore pulchritudinis tuæ*), mi habitación en el barrio de los Pinos.»

Nosotros somos enemigos muy singulares: al pronto se nos encuentra un poco insolentes, demasiado alegres, bastante inquietos; pero apenas hemos vuelto la espalda, cuando ya se nos echa de menos. El soldado francés, activo, inteligente, espiritual, interviene en los quehaceres del patrón, en cuya casa está alojado, saca agua del pozo, como Moisés por las hijas de Madián, conduce los ganados al redil, corta leña, cuida de la lumbre y de la comida, pasea al niño en sus brazos o le duerme en la cuna. Su buen humor y su actividad dan vida a todo; se acostumbran a considerarlo como de la familia. Pero, apenas se deja oír el tambor, cuando corre por sus armas, deja a las hijas de su patrón, que lloran su partida, y deja la habitación, en la que no vuelve a pensar hasta que se halla en los Inválidos.

A mi paso por Milán, un pueblo inmenso, al despertar, abría por un instante los ojos. Italia salía de su letargo, y se acordaba de su genio como de un sueño divino, útil a nuestro país renaciente: llevaba a la mezquindad de nuestra pobreza la grandeza de su naturaleza trasalpina, acostumbrada como estaba esta Ausonia a las obras maestras de las artes y a las altas reminiscencias de una patria famosa. Austria volvió a tender su manto de plomo sobre los italianos, y les obligó a volver a encerrarse en sus tumbas. Roma volvió a ocultarse en sus ruinas, y Venecia en su mar. Venecia se doblegó embelleciendo el cielo con su última sonrisa y reclinóse encantadora sobre sus olas como un astro que no debe alzarse jamás.

El general Murat mandaba en Milán. Tenía yo para él una carta de la señora Bacciochi. Pasé el día con sus ayudantes de campo, que no se hallaban tan exhaustos como mis camaradas delante de Thionville. La cortesía francesa aparecía bajo las armas, mostrando que era la misma cortesía del tiempo de Lautrec.

Comí de gran etiqueta el 23 de junio en casa del señor de Melzi, con motivo del bautismo de un hijo de Murat. El señor de Melzi había conocido a mi hermano; los modales del vicepresidente de la re-

DE MONT-CENIS A ROMA. — MILÁN Y ROMA. — PALACIO DEL CARDENAL FESCH. — MIS OCUPACIONES. — AÑO DE MI VIDA 1803. — MANUSCRITO DE LA SEÑORA DE BEAUMONT. — CARTAS DE LA SEÑORA DE CAUD.

Empecé mis expediciones en sentido inverso al de los demás viajeros: las antiguas selvas de América se habían ofrecido a mis ojos antes que las antiguas ciudades de Europa, en el momento en que éstas se rejuvenecían y morían a la vez en medio de una revolución nueva. Milán estaba ocupado por nuestras tropas: acababan de tomar el castillo, testigo de las guerras de la Edad Media.

El ejército francés acampaba en las llanuras de Lombardía. Custodiados de trecho en trecho por sus camaradas colocados de centinela, estos extranjeros de la Galia, cubiertos con la gorra de cuartel, y llevando su sable a guisa de hoz, por bajo de su chupa redonda, parecían segadores activos y alegres. Traslataban las piedras, rodaban los cañones, conducían carretillas, y construían cobertizos y barracas de follaje. Los italianos vendían frutas en el mercado de esta feria armada: unos soldados les regalaban sus pipas y sus eslabones, diciendo como